

PALABRAS QUE INTENTAN SEPULTAR UN MITO

Por JESÚS MANUEL SUBERO

Estas palabras intentan, en primer término, destruir el mito de la enemistad de por vida, de Bolívar y Mariño. No sé con cuáles propósitos la historia tradicional separó a los héroes y muchos casos, como ocurrió en la primera y la segunda batalla de Carabobo, que a pesar de ser el Jefe del Estado Mayor General del Ejército Libertador, lo ignoró completamente, de manera que el General en Jefe Santiago Mariño, ha sido dos veces víctima al mismo tiempo. Toda una manipulación de los historiadores tradicionales que creyeron, equivocadamente, que reafirmar la ejecutoria de Mariño, era menoscabar la gloria excelsa del Libertador Simón Bolívar. Y otras veces fue víctima de un silencio inclemente que ha traído como consecuencia que el bicentenario de su nacimiento transcurra como una fecha más; una hoja cualquiera que cae del calendario.

Como comprenderán, con estos dolorosos olvidos, ni se hace y ni se enseña la Patria. Así no se estimula el agradecimiento de los pueblos. Así no se escribe historia. Y no se puede entonces pretender que las nuevas generaciones conserven lo que no se les ha enseñado, lo que ignoran por cruel indiferencia de los sabios.

Como ven, con el General Mariño ha ocurrido lo que nunca ha debido ocurrir. El mismo lo sufrió ya en su propia vida cuando advirtió que su justificada ausencia de las acciones libradas en la Casa Fuerte de Barcelona, lo habían hecho culpable de dicha pérdida, de ese cruento fracaso y que ya no iba haber ni modo ni manera de reparar esa grave injusticia. Pese a que historiadores de reconocida solvencia intelectual han dejado escrito, y a quienes no se les puede tildar de falseadores de la verdad histórica, se continúa, aún en nuestros días, imputándole al General Mariño una culpa de la cual está libre. En relación a este luctuoso hecho de armas, Don Lino Iribarren Celis hace notar que "en casi todas las narraciones clásicas referentes a los sangrientos sucesos ocurridos en la Casa Fuerte de Barcelona en abril 7 de 1817, aparece, como un denominador común, un prejuicio inevitable: Santiago Mariño. Digo prejuicio, porque es como un empeño deliberado, achacarle al caudillo oriental toda la responsabilidad que pudo acarrear la tragedia. . . Como era natural, y pese al arrebato heroico predominante en el medio y la hora, Bolívar se opuso a la idea según la cual debía dejarse una guarnición destinada a defender la plaza, criterio que sustentaban las autoridades locales. Sin duda era una actitud heroica, de impresionante belleza épica la que

inspiraba a dichas autoridades, pero también una idea absurda desde el ángulo puramente militar. Desde este ángulo no cabían medias tintas, ni actitudes que no respondieran a la pura necesidad militar referida a los objetivos fundamentales. Una plaza se defiende o se evacúa según que una u otra cosa convenga a los fines militares. Y dejar una débil guarnición en una plaza amenazada por fuerzas numerosas era condenar a esa guarnición al más estéril y doloroso sacrificio. Por eso Bolívar se opuso a la medida; mas como fuese una resolución irrevocable —ya se ha dicho de las autoridades urbanas— tuvo su fin, según informan los historiadores, que acceder a un mal del grado. Y esa lamentable por irracional circunstancia tendrá como fatal consecuencia la espantosa tragedia que se consumó en la Casa Fuerte”.

El Dr. Parra Pérez es concluyente: “Mariño no tuvo culpa en la pérdida de Barcelona ni en la disolución del Ejército, ni mucho menos en la pérdida de la campaña, como algunos historiadores afirman. Los coroneles se llevaron los soldados para donde les dio la gana. No hay datos ni papeles de ninguna especie que permitan saber o suponer lo que el General habría hecho de conservarse el ejército en la obediencia”.

José Manuel Restrepo libera a Mariño de toda culpa en la matanza de la Casa Fuerte: “Deploramos profundamente las desgraciadas muertes de Freites, de Ribas y de tantos patriotas dignos de mejor suerte, que se refugiaron en el convento. Creemos empero, que ellos tuvieron la culpa de aquella funesta matanza, por haberse empeñado en no cumplir las sabias disposiciones que dictó Bolívar antes de su partida”.

Todo esto ha sido ignorado. Lo peor es que una obra monumental como la que realizara el doctor Caracciolo Parra Pérez y después de él, el doctor Salvador Villalba Gutiérrez, no ha logrado restituirle al General Mariño, el puesto que merece en los anales históricos de Venezuela.

Dentro de los límites de su modestia mis palabras de hoy tienden a ese propósito y no lo hago guiado por el prurito vanal del paisanaje, sino porque los historiadores de ahora, que concebimos la historia como una disciplina científica, estamos en el deber de escribir la verdad y sólo la verdad. Por supuesto que el sentimiento de ser margariteño alienta estas palabras y las sostiene, pero la sostienen también los irrefutables documentos que no se han querido estudiar y que nos hemos permitido consultar en nuestro intento.

No importa que a diferencia de otros hitos históricos, y con razón o sin ella, han sido masivamente promovidos en los medios modernos de comunicación social; no importa que las pocas estatuas, que los pocos bustos de Santiago Mariño, incluso en un día como el que conmemoramos hoy, permanezcan solos, a pesar de que no hay nada más doloroso que la soledad de las estatuas; no importan las páginas que se han escrito de mentiras y las que se han escrito de verdades, si este discurso que me honra tanto y junto conmigo el pueblo margariteño que represento en este acto solemne, logra por fin colocar a su héroe en el sitio que dignamente le corresponde.

Mariño fue un disidente, es lo cierto; pero no fue un disidente consuetudinario, que es lo que nos proponemos comprobar. Es bueno recordar a esta magna asamblea que Santiago Mariño fue el más joven General en Jefe de la República, en un momento cuando se empezaban a definir los liderazgos y cuando las claras diferencias regionales del país heredadas del régimen imperante durante la colonia, impulsaban el surgimiento natural de los caudillos. El Dr. Parra Pérez explica: "La causa efectiva de la *disidencia* de Mariño es de origen más noble e importante que la que generalmente se tiene por tal. Desde luego, hubo entre ambos (el genio de Bolívar puesto de lado) tan profunda discrepancia en cuanto a la política y muchas veces a la estrategia, que conciliar sus respectivas miras no pudo ser fácil. Además, Mariño fue el representante, el exponente del espíritu de autonomía y de federalismo de las provincias orientales, que no envolvía separatismo de ningún género, pero rehusaba ceder a la presión centralizadora de Caracas, manifestada en un momento dado por la poderosa persona del Libertador, de temperamento autocrático e imperioso".

Sea oportuno recordar también que a diferencia de otros héroes que conquistaron su linaje militar con sangre, el General Mariño procedía de una familia ilustre y era un hombre de una cultura poco común en su época.

Deliberadamente se ha pretendido confundir y se ha confundido. A veces hasta por respeto, uno deja de mencionar los conocidos historiadores que propiciaron esta confusión. Por respeto yo tampoco los menciono; pero apelo a la documentación incuestionable que demuestra el afecto del Libertador de Oriente por el Libertador de Venezuela.

Es imposible, cuando la real disidencia de los dos héroes se apacigua, porque así lo imponía el supremo deber de la salvación de la Patria, localizar documento alguno que demuestre lo contrario. De enorme importancia para la historia de Mariño y para el gentilicio margariteño, que el Libertador Simón Bolívar hubiera sido reconocido Jefe Supremo de la República y de sus Ejércitos en suelo margariteño y a Mariño por su segundo y que con el beneplácito del ejército lo haya designado Jefe del Estado Mayor General en la batalla que consolidó la independencia nacional.

Sea oportuno traer a colación una carta de puño y letra de Mariño al Libertador descubierta por Manuel Pérez Vila en 1956, durante sus fructíferas búsquedas, para la Fundación Boulton, en el Archivo Nacional de Colombia. Este documento indica por dónde llegó Mariño a Barinas y "las razones de gran parte de su retardo y su declarada disposición a acatar la jefatura y autoridad de Bolívar, con sincero deseo de prestarle cooperación en el esfuerzo decisivo".

El Dr. Caracciolo Parra Pérez, escribe en el Prólogo a la segunda edición de "La Personalidad del General Mariño a la luz de la Verdad", del Dr. Salvador Villalba Gutiérrez, fechado en París en mayo de 1964, lo siguiente: "He aquí el autógrafo que, como algunos otros documentos que hemos descubierto o exhumado, en pacienzuda labor, restablece y destruye erradas cábalas y acusaciones injustas:

Maracaibo; 13 de abril de 1821

Mi general!

Con la esperanza de encontrar a V. en Trujillo o en sus inmediaciones hice el viaje de Angostura a esta ciudad por mar. A mi llegada aquí supe por el General Urdaneta que V. había marchado para Apure, y tuve el honor de escribir a V. ofreciéndole mis respetos. La distancia a que V. se había alejado me había hecho resolver pasar al Congreso de Cúcuta en donde soy Diputado, y en víspera ya de verificarlo he tenido la satisfacción de saber por su Edecán Ibarra que V. ha vuelto a Barinas. Con este motivo he creído de deber variar la dirección y pasar al Cuartel General de V. con el fin de ponerme a su disposición; por si me creyere útil para algún servicio en las próximas operaciones militares que van a abrirse.

Dispénsame V., mi General, la libertad que me tomo de anticiparle este aviso que sólo tiene por objeto ratificarle los sentimientos de respeto y amistad con que se ofrece a V.

Su obediente servidor y amigo

Mariño

En sobrescrito: Al Excmo. Sr. Libertador Presidente, en su Cuartel General".

Añade Parra Pérez: "El General Mariño habla en esta carta el lenguaje de un soldado que se dirige al Jefe del Ejército Libertador, pidiéndole que le llame de nuevo al servicio activo. No hay en ella lisonjas ni tampoco retractaciones o palinodias de ningún género: en esa ocasión, el antiguo caudillo del Oriente quiere ignorar lo que, por eufemismo, llamaremos la mala inteligencia sobrevenida desde que le privó del mando de sus tropas victoriosas contra Arana, y responde al son de la trompeta que convoca a los veteranos para la lucha final".

Aquel mismo 13 de abril, y también de Maracaibo, el coronel Diego Ibarra escribe por su parte al Libertador: "El General Mariño está aquí, y piensa irse conmigo donde Vmd. Tiene deseos, por lo que me ha indicado, de hacer la campaña, pero mandando cuerpos. Se lo aviso a Vmd. por lo que pueda importar".

Para los fines que nos proponemos es de importancia destacar la nota de fecha 30 de abril de 1821 firmada por Briceño Méndez, la que reza: "S. E. el Libertador Presidente ha tenido a bien volver a nombrar Jefe de Estado Mayor General Libertador a S. E. el General en Jefe Santiago Mariño, su antiguo compañero de armas; y tanto el gobierno como el ejército recibirán una verdadera satisfacción por el nombramiento de este ilustre General en circunstancias en que se van emprender las operaciones más importantes de cuya decisión están pendientes los más grandes intereses y la suerte de la República". Se triunfa rotundamente en Carabobo. Venezuela queda libre. Pero el General Mariño conservará siempre, con amargura, el hecho de que su nombre no fuera citado en el parte de la batalla y fuera ignorado, cuando se conmemora esta gesta magna de nuestra independencia.

A partir del año 1821, en la nutrida documentación consultada, sólo hemos encontrado fervientes protestas de subordinación y de amistad del General Mariño hacia el Libertador Simón Bolívar, como trataremos de demostrar.

En efecto, desde Puerto Cabello, el 20 de agosto de 1824, Santiago Mariño, “el más afectísimo amigo y compañero”, escribe el General Bolívar: “Nuestro amigo el Coronel Ibarra me informó recién llegado aquí que traía una carta de Ud. para mí y que desgraciadamente se perdió en una maleta al pasar un río. Agradezco sinceramente, mi querido General, este recuerdo amistoso de parte de Ud., al paso que siento extraordinariamente este accidente, porque él me priva del placer que me habría causado una carta de mi antiguo compañero de armas, de glorias y de infortunios, el General Bolívar. . . Es demasiado magnánima y generosa la obra que Ud. ha emprendido de libertar a nuestros hermanos del Perú, para que el cielo deje de favorecerla”.

El 19 de agosto de 1825 toca inteligentemente los problemas que habían surgido en su amistad con el Libertador. Explica: “Jamás he dejado de tener por el General Bolívar la inclinación que ahora se manifiesta más claramente. Sucesos de que no es fácil explicar la causa han cubierto con una especie de niebla la pura amistad que siempre nos hemos profesado. ¿Podríamos ser enemigos los que somos hermanos de armas, compañeros de fortuna, colaboradores en una misma empresa? No, querido General; no hemos sido ni somos enemigos los que dos veces juntos hemos triunfado en los campos de Carabobo, más unidos por el corazón que por las armas, más unidos por el sentimiento generoso de la Patria que por una política de conveniencia”.

Desde Valencia, el 21 de octubre de 1825, Mariño da a Bolívar el tratamiento de “querido amigo”, manifestándole que “hace algún tiempo que no he tenido el gusto de comunicarme con usted, pero en política lo pasado vale poco: voy a hablar a usted de lo presente. . . Patriotas sinceros temen que usted deje el país, y hombres que sin duda apoyan sus esperanzas en tal abandono, sustentan esta idea y la suspiran; pero jamás se fundó una patria para cederla a la intriga, y jamás debió emprenderse una revolución que no debiera también concluirse. El objeto de la nuestra es la felicidad de la patria; si ésta no existe, ella no ha concluido. Para ganar la independencia no hemos perdonado sacrificios; para afirmarla no debemos economizarlos. De otro modo usted y sus compañeros de armas serían criminales a los ojos de la posteridad. Yo no quiero aparecerlo, lo aseguro a usted con toda la firmeza que me caracteriza. Invito a usted, pues, a que salve la patria, y le ruego que para este fin glorioso cuente usted con la amistad de su antiguo compañero y de su amigo”.

Ante “los recientes acontecimientos que participa a U. el General Páez, justifican bastantemente el fundamento que tuve para invitar a U. a salvar la Patria amenazada por los males”, le escribe el 24 de mayo de 1826. Para el 10 de setiembre la manifiesta que “reputaré por el momento más feliz de mi mando, aquel en que se presente la ocasión de resignarlo en manos de S. E. el Libertador Presidente, como el depositario de la felicidad pública, y el mediador que con tanta vehemencia esperamos, o en las de nuestro digno Jefe Civil y Militar”.

Desde Cumaná el 26 de noviembre de 1826, hace Mariño un patético llamado a sus compatriotas: “Unámonos alrededor de las insignias de nuestro ser: marchemos a consolidar esta patria de nuestros corazones: que el que condujo nuestros

hermanos a la extremidad de un mundo, el que sentó la libertad sobre el Potosí, y desde allá os ofrece su poder, sea vuestra guía invariablemente: él será el apoyo más firme de vuestros derechos: que el Jefe invicto de Venezuela tenga de vosotros el amor y la confianza; que la razón descienda del cielo a iluminaros, y que la dicha brille sobre el término a que marcháis”.

Ante sus desacuerdos con el proceder de Bermúdez, se ve precisado a expresarle que “en cuanto a mí marcharé siempre de acuerdo con los deseos de los pueblos de Venezuela, del Libertador, y del Jefe Civil y militar, que de manera alguna están en contradicción”.

El 20 de diciembre de 1826, desde Cumaná, le envía una larga carta al Libertador Presidente. Expresa: “Lo demás de la República es U., sin condición; esta parte somos nosotros con la palabra Estado por condición; nuestra línea es una; yo jamás tendré ya otra. Hágame U. la justicia de creer esta siempre”. Firma: “Yo soy de U. un amigo verdadero y un compañero decidido”.

El Libertador, desde Puerto Cabello, con fecha 3 de enero de 1827, se dirige al General Santander y enfáticamente le expresa: “La autoridad del General Mariño ha reemplazado a la anarquía sanguinaria que había en el Oriente y es increíble lo que ha trabajado por restablecer mi opinión y mi autoridad. Guzmán se ha apoderado de su alma y me asegura de su fidelidad. Estaba resuelto a combatir contra Páez”.

El 16 de enero de 1827, fechada en Cumaná, el General Mariño lanza una Proclama a los habitantes de la Intendencia de Maturín, en la que expresa: “Llegó por fin el día de gloria que esperábais. S. E. el Libertador Presidente está con nosotros y restituye a Venezuela la tranquilidad y el orden que la discordia había ahuyentado de ella. Tan plausible noticia debe anegar de placer el corazón de todo colombiano, y en particular el de aquellos que esforzándose por el bien de los pueblos dan a la República días de contento. Simón Bolívar, el genio de la paz y de la felicidad americana, va a asegurar de nuevo los destinos de la patria como su hijo el más idolatrado”.

El 22 del mismo mes y año le manifiesta el Libertador una vez más, que se persuade “de que todas mis aspiraciones están circunscriptas a merecer la amistad y la confianza de U”. Añade: “todos los corazones y todas las voluntades están hoy con U. Esta es la obra en que yo me he ocupado y que tengo el honor de presentar a U.”. El 31 de marzo lanza otra Proclama en la cual ratifica: “Sí, yo os lo juro: mi espada que se ha consagrado constantemente en el servicio de la República, la ofrezco hoy de nuevo para conservar su lustre y la tranquilidad de estos pueblos, que marchan a su felicidad bajo los auspicios de S. E. el Libertador Presidente”. Para el 10 de julio le comunica al Libertador que “la mayoría de los pueblos, mi General, ha constituido a usted árbitro de su suerte, y usted corresponde a su confianza arrojando todos los obstáculos que se oponen a su felicidad. . . El poder de usted, mi General, y la tranquilidad se conservarán aquí inalterables mientras yo exista. Deseo a usted, mi General, el mejor éxito en la empresa que tanto importa a la patria, y que usted me conserve la amistad y afecto, con que soy de usted obediente servidor”.

Por su parte el Libertador escribe al General Páez desde Caracas con fecha 3 y 24 de abril de 1827, respectivamente: "Ya U. sabrá que al coronel Ruiz lo han matado en Barcelona los facciosos, y que el general Mariño ha desterrado a Juan Santos porque es el autor de aquellos movimientos. Yo he mandado publicar su proclama con un elogio sobre este particular para animar a Mariño a que obre con más soltura". Y esta breve, pero elocuente frase: "Mariño se conduce muy bien".

Por último en el año que hemos documentado, lanza el General Mariño una Proclama a los habitantes del Departamento de Maturín, con fecha 16 de noviembre, la cual contiene calificativos honrosos para con el Libertador: "El Libertador siempre consagrado a la causa de la libertad, que es la causa de Colombia, acaba de dar el testimonio más espléndido de sus sacrificios por la patria... Cansado de las fatigas de 17 años de guerra continua, agobiado bajo el peso de sus inmensos triunfos, el Libertador había renunciado a la vida pública y sólo aspiraba a disfrutar a la sombra de sus laureles el reposo de la vida privada... El 10 de septiembre llegó a Bogotá en medio de las aclamaciones de sus moradores, y el mismo día prestó el juramento que prescriben nuestras leyes. Colocado ya a la cabeza de la administración el genio que sacó a Colombia de la nada, Colombia será la que está llamada a ser. El crimen, la discordia y el infortunio volverán al abismo que los abortó, el paso que el honor, la paz y la prosperidad vendrán a consolarnos".

Se inicia el año 1828. El General Mariño se encuentra en Cumaná. En esta Provincia se ha levantado una facción armada. El 5 de enero con profundo regocijo Mariño le participa al Libertador que "los facciosos han sido exterminados, y el orden y la dignidad del Gobierno restablecidos. De este modo está cumplida, por lo que respecta al Departamento de mi mando, la profecía política de U. de que presentará tranquilos a la gran Convención los pueblos de Colombia". Explica: "Colocado entre estas dos grandes facciones que querían volcar la República por diversas vías, y sin auxilios de ninguna parte, considere U. cuán difícil no habrá sido mi posición; pero yo me contemplo bastante recompensado con haberlo hecho todo por U. y por la Patria".

Con justificada satisfacción le escribe al General Páez el 20 de marzo: "El imperio de la ley reintegrado, la autoridad del Libertador reconocida con aplauso, y convertidos al orden, los brazos que lo perturbaron; tal es el estado actual de este país; tal lo presento al Gobierno de la nación".

Desde Caracas el 25 de agosto de 1828, le envía una importantísima comunicación a S. E. el Libertador Presidente: "¿Tendré que decir a U. que tengo sus propias opiniones y que su suerte será la mía? Muchas veces lo he dicho ya con la verdad de un caballero y con el placer de un admirador y de un amigo de U. En la escuela de la revolución ha tiempo que aprendí los dogmas de salud que U. había publicado con la franqueza de un héroe, pero a cuya práctica no quería U. consagrarse por generosidad.

Yo no puedo olvidar, permítame U. que le recuerde con placer, que desde el año 25 le invité con los primeros a hacer efectiva la dicha de América. Desde

entonces, como militar señalé mi órbita en la revolución, y cualesquiera que sean las faces que ésta haya presentado, la he descrito siempre alrededor de un punto. Diez y ocho años de nuestra experiencia despiden bastante luz para verla con claridad; y crea U., mi General, que incapaz de aberraciones gastaré mi vida describiendo la que he adoptado; en ella me encontrarán todos los acontecimientos, prósperos y adversos, y sólo U. podría hacérmela variar". Añade una frase de profunda significación: "No quiera el hado de Colombia que se presenten dificultades, pero si las hubiere; recuerdo a U. con seguridad la palabra de Mariño, y si no puede librar sobre sus fuerzas grandes actos, libre U. sin temor sobre su constancia y valor". Concluye el General Mariño su carta en forma vehemente: "Me atrevo a creer mi General, que durante mi administración en Cumaná, U. no habrá encontrado en mi conducta motivo capaz de disminuir la confianza con que U. me ha honrado. Ofrecí a U. identificarme con sus sentimientos, y U. debe creer esta promesa tanto más ingenua, cuanta es mi indignación por el tráfico vergonzoso de la mala fe. En la tempestad deshecha que he corrido, no sería extraño que algún enemigo mío me haya atribuido faltas o excesos, pero U. sabe, mi General, hasta qué grado las pasiones tergiversan los hechos; hasta dónde llega la envidia y malignidad de algunos que se han propuesto comerciar a veces encomiando y a veces execrando; y en fin, el odio que regularmente se profesa en las Repúblicas a los que mandan".

El Libertador escribe en 1828 al General Páez y al General Francisco Carabáño, con fecha 13 de mayo y 9 de julio, respectivamente, en las cuales encontramos referencias acerca del General Mariño, entre ellas una en la cual le informa a Páez que "pienso también nombrar a Mariño o Bermúdez para que vengan al consejo de estado. Al primero para que vea que se le estima; y al último por mil razones. Si Mariño quiere venir, que se disponga, y sino que se lo indique a Bermúdez para que se apreste".

Nos permitimos recordar que el bolivarianismo de Margarita tiene raíces encomiables. Pampatar, mi pueblo natal, acogía en 1830 —año de lamentables negaciones para el Libertador— un grupo de fervientes bolivarianos. Este grupo lo encabezaban Manuel Maneiro y Fermín Toro, a quien encontramos en dicho puerto como Administrador de las salinas. A Fermín Toro se le acusa —honrosa acusación— de "tener partido o trabajar sórdidamente en favor de la causa del General Bolívar", y de haber escrito en este sentido hasta 16 pasquines que aparecieron en Pampatar.

Si la rica y abundante documentación en que nos hemos sustentado, no fuere suficiente para destruir de una vez el mito de la desidencia de por vida del General Santiago Mariño en sus relaciones con el Libertador Simón Bolívar, sea oportuno traer a colación que muerto el Libertador, cuando todo era dicerio en su contra, el General Mariño, en carta fechada en 1834 dirigida al General Páez, es la primera voz que se levanta en Venezuela para solicitar respeto y reconocimiento por la memoria de Bolívar. "¿Con qué carácter, suscribe, y por qué razón y con cuál objeto pudisteis creer que yo conspirase? ¿Sería volviendo por la gloria del héroe afortunado, ante quien jamás humillé la frente y a quien opuse en todas ocasiones la firmeza propia del que llevaba las insignias de General y

cargaba al Arca Santa de nuestras libertades antes que él? Cierto es que venero sus cenizas: no me es dada la fuerza con que otros saben perseguir la siembra de los muertos; y son muy grandes los servicios que aquel hombre prestó a la América y al género humano para que yo lo vilipendie: pero debéis recordar que para ser hombre con el héroe no esperé que la inconstante fortuna le volviera las espaldas, y le abandonase al furor de los enemigos que sus errores le habían consitado. Nunca he sabido faltar a los deberes de caballero. Muerto Bolívar debo ser con su ceniza y su memoria lo que fui con el General, el Jefe Supremo, el Presidente y el Dictador. En lo más fuerte de nuestras rivalidades y en medio del furor de los partidos que nos sostenían, volé tres veces distintas a salvar a Bolívar de la destrucción, y tres veces me vio la Patria libertar de la muerte y de las cadenas los restos del Ejército de Occidente con su caudillo y sus heroicos sostenedores. ¿Qué tienen de contradictorio los deberes de la caballería con los deberes sociales? Sólo los halla incompatibles el corazón bastardo. Nada merecí de Bolívar: poco mal y ningún bien pudo hacerme; tres veces, repito, me debió la vida, y muerto ya, quiero que me deba respeto y honra...”.

* *

Se ha convertido en un ritornelo. Pero no nos cansaremos de repetirlo. Ya lo dijimos en La Victoria cuando se dio inicio a los actos conmemorativos del Bicentenario del Natalicio del General Santiago Mariño. Sea también propicia esta tribuna, para solicitar que Venezuela se interese por la defensa de la amenazada tierra que vio nacer a tan preclaro hijo y se aliste un ejército de voluntarios y de voluntades, para defender un patrimonio tan preciado como lo es la isla de Margarita. Es una realidad que no queremos encarar: las tierras de Margarita están pasando, complaciente y graciosamente, a nombre de un supuesto desarrollo, a poder de consorcios nacionales y extranjeros, que nos han descubierto nuevamente. Lo más grave: las tierras ribereñas del mar son las más codiciadas. Las playas se van privatizando y ya pescadores margariteños han sido reubicados porque estorban al progreso y otros están amenazados de desalojo, porque degradan al paisaje con sus botes, sus redes y sus tristezas.

En este Bicentenario hay que hacer un llamado a la conciencia nacional, para defender la identidad margariteña, amenazada por neocolonizadores, quienes han venido atraídos por los pingües beneficios económicos que les ofrece el régimen preferencial aduanero, que rige para el Puerto Libre.

Margarita, dolorosamente, está quedando para las añoranzas de los románticos soñadores. Ayer lo dijo nuestro hermano Efraín Subero: “Margarita está viviendo una época de verdadera calamidad. Observará usted que al lado de los nuevos balnearios —la riqueza ostensible la que pasea en las postales turísticas— la pobreza del pueblo sigue siendo la misma. Peor aún, porque siquiera antes la pobreza era íntima, nuestro pudor, sagrado. Ahora vienen y nos la retratan y nos exhiben más allá como triste y bochornoso objeto de curiosidad”.

Opinamos que se hace necesario realizar un exhaustivo estudio acerca del fenómeno social que se está operando en Margarita y sus implicaciones en los diferentes órdenes de la vida, donde una "región que costó más de cuatrocientos años para construirla como pueblo, se haya deteriorado en forma ostensible y peligrosa".

El cambio violento operado en la Margarita paradisíaca y acogedora del General Mariño, se puede observar por síntomas que van más allá de los bloques de concreto armado y traspasa las casas de puertas cerradas y antipáticas rejas de hierro. Nuestras casas transformaron su delicada y bella arquitectura con el añadido de antiestéticas armaduras metálicas.

Con la inmensa fe que tenemos en el rico potencial anímico del margariteño, con el optimismo incommensurable que nos ofrecen los recursos morales y espirituales de nuestro pueblo; pero con la preocupación perturbadora por el porvenir lleno de presagios amenazantes que se ciernen sobre la isla de Margarita, y haciendo un angustioso llamado, para que con prontitud se efectúe un estudio científico acerca de la real situación que confronta nuestra Isla y que se indiquen los correctivos inmediatos a poner en práctica; consigno estas palabras dolidas que han sido guiadas por el noble motivo de intentar destruir el mito tradicional de la disidencia de por vida del Coronel Santiago Mariño, y por la otra, volver a llamar la atención de Venezuela acerca de la gravedad de lo que está aconteciendo en la Margarita del afecto entrañable.